

tividad los esfuerzos y renuncias a que nos deberíamos comprometer para intentar resolverlas? Creo que me moriré sin oírlo; creo que no tendré la satisfacción de conocer a un político que anteponga la verdad y el deseo de construir un mundo viable y mejor para los ciudadanos actuales y venideros a los intereses electoralistas por alcanzar el poder a costa de lo que sea de su partido, grupo o facción.



En el año 1992 Alexander King y Bertrand Schneider, al frente de una amplia comisión de expertos mundiales, presentaban su Informe del Consejo al Club de Roma que luego se publicaría con el título “La Primera Revolución Global”. En dicho informe se perfilaban, con agudeza y claridad, los principales problemas de nuestras sociedades contemporáneas y se marcaban algunas líneas para variar el rumbo y buscar soluciones a los mismos. La dificultad principal que estos autores advertían radicaba en la falta de voluntad de los pueblos– y, sobre todo, de sus gobernantes – para intentar, con decisión y coraje, el necesario cambio de actitudes que podría aliviar, si no resolver, aquellos problemas. Y ahí está la madre del cordero. Así, al referirse a la capacidad para

gobernar de los políticos, se dice en el Informe algo que me parece un análisis tan sencillo como ciertísimo. Aquí va literalmente: “[...] De ahí que quienes se presentan a una elección tiendan a ser individuos con una vanidad y un deseo de poder sobre los demás superior a la media. [...] Muchas personas de gran calidad que son potenciales líderes nacionales o mundiales, se abstienen de entrar en el ruedo político, con toda su vulgaridad, sus difamaciones y su escasez de recompensas para aquéllos para quienes el poder no es la consideración fundamental. [...] Las cualidades que son esenciales para la obtención de un alto cargo son pues, frecuentemente, los mismos atributos que hacen a una persona inadecuada para ocuparlo.”

Conclusión: ¿Es la política un fraude, una indecencia o una necesidad? ¿Convendrá “pasar”, de una vez por todas, de la política y dedicarse cada uno a sus propios asuntos? ¡En absoluto! A mí me parece que todo lo contrario. La política, en su original concepción de gestión del bien común, es una ocupación nobilísima además de necesaria. Tal vez haya que darle una patada en el trasero a muchos políticos para empezar a ser políticos todos; es decir, para interesarnos por conocer, interpretar y transformar las realidades, arremangándonos desde ahora mismo en un esfuerzo común y solidario para arreglar el mundo, sin esperar a que los “mandamases” – que ya sabemos de qué van– terminen por desbaratarlo del todo.

